

ya nada de tierra se veía y nos encontrá-
mos en alta mar. Mucho movimiento ó ba-
lanceo se dejó sentir y por consiguiente
muchos eran los mareados. El pensamiento
de que doce días deberíamos pasar para ver
tierra, nos hizo entristecer un poco; mas
luego nos llenamos de fe y nos alentamos
resignándonos en todo á la voluntad del
que gobierna á los vientos, calma las tem-
pestades y proporeiona el consuelo.



CAPITULO SEGUNDO.

Mareos.—Misa sobre cubierta.—Buque de vela.—
Ave Maris Stella.—Entierro de un soldado.—El
Ilustrísimo Sr. Fierro enfermo.—Sermón del Ilus-
trísimo Sr. Amézquita.—Hallazgo de la piedra del
anillo del Sr. Obispo de Puebla.—Fumigación de
la ropa de los soldados.—El cabo de S. Vicente.
—Multitud de náufragos á la vista ¡horror!

TODOS los días á las doce anuncian
las millas que se han recorrido, lo
cual es de gran satisfacción para
el pobre navegante. Era digno de verse á
los pasajeros todos los días á estas horas
llenos de gran ansiedad esperar la noticia
tan deseada. Por fin dieron las doce y se-
senta y nueve millas habíanse recorrido.

El sábado 5 amaneció el mar muy tran-
quilo y apacible, siendo muy grato en tal
estado estar en su seno. Recorriéronse

hasta las doce doscientas ochenta y seis millas, que con las sesenta y nueve del día anterior hacían un total de trescientas cincuenta y cinco, faltando dos mil novecientas cincuenta y siete para llegar á Cádiz.

El domingo 6 á las ocho de la mañana, todo estaba dispuesto sobre cubierta para celebrar la Santa Misa, como en los días festivos anteriores. Muy temprano habíanlo ya hecho los Ilmos. Sres. Obispos Amézquita y Fierro, según todos los días lo acostumbraban, y á esta hora presentes estaban dando como siempre ejemplo de exactitud. Toda la tripulación y los pasajeros casi todos, cumplimos con este deber de católicos.

A las doce, la escalera que conduce al comedor encontrábase invadida por una multitud que con ansia esperaba la fausta noticia de las millas recorridas; doscientas noventa y tres se leían en el aviso poco ha colocado, de suerte que ya teníamos seiscientos cuarenta y ocho.

El lunes 7 pasóse sin novedad, recorriéndose trescientas seis millas, con las que se aumentaba á novecientas cincuenta y cuatro.

A las nueve y tres cuartos del martes 8, teníamos un gran contento los peregrinos, los desterrados hijos de Méjico; un buque de vela se presentaba á nuestra vista y muy cerca por cierto, saludándose ambos luego según costumbre, es decir, arriando sus pabellones. Una hora después se habían perdido del todo, pues es increíble lo que un vapor avanza. No nos fué dado saber su nacionalidad ni á dónde se dirigía, y como todas las cosas, á pocos momentos dejó de ser objeto de nuestra conversación.

A las doce del día se habían recorrido trescientas seis millas con las que llevábamos ya mil doscientas sesenta.

A las siete, según costumbre, ordenaba el Padre Capellán, se tocara la campana para que tanto los señores pasajeros, como la tripulación, se reunieran en la capilla para rezar el Santísimo Rosario. El primero en presentarse siempre era el Sr. Capitán Gran, así como el Doctor. Concluido el rosario, entonóse el precioso y entusiasta himno Ave Maris Stella, Dios te salve estrella del Mar, con fervor y regocijo. ¡Oh! si queréis invocar de corazón el angusto nom-

bre de Dios, ó el de María, atravesad el inmenso océano. Tomó después la palabra el Ilmo. Sr. Amézquita, hablando sobre el fin del hombre, y conmovió á casi todo el auditorio, advirtiendo que la mayor parte de los pasajeros se encontraban presentes. Después de media hora dió por terminada su conmovedora plática, y la campana avisaba entonces que era la hora de pasar al comedor á tomar el té. Concluida esta distribución, nos fuimos retirando poco á poco para nuestros camarotes con el fin de descansar.

El miércoles nada de que hacer mención hubo, mas del jueves adelante hablaremos. Recorrimos trescientas veinte millas en el primer día y trescientas veinte y dos en el segundo haciendo un total de mil novecientas dos y encontrándonos ya á los..... 33° 13' latitud N. y á los 28° 35' latitud Oeste.

No será por demás hacer algunas observaciones, ya para inteligencia de lo que venimos hablando, ya también para conocimiento de los que en marinería estén poco dados. La parte de delante de un vapor se llama proa; la de atrás popa; la banda

de la derecha viendo á la proa, estribor y la contraria, babor.

En esta inteligencia sigamos adelante. Durante el día del jueves diez, notóse, ó se dejó sentir, una gran agitación en el mar y ésta era de estribor á babor, mas un poco ya nos habíamos acostumbrado, si es que acostumbrarse puede, y no tanto se dejaban sentir sus terribles efectos.

Algunos soldados por su enfermedad no pudieron recibir el uniforme y en este día ordenó el Sr. Capitán Gran, se hiciera esta caridad y así se verificó. ¡Gloria, gloria á la bendita mano y á los generosos corazones que así socorren al desvalido! Dígolo por mí; admirado quedé y bien impresionado, al ver por todas partes de España una gran fraternidad, y cuando se necesita, sumo desprendimiento.

Nuestro corazón llenóse de amargura y honda pena, cuando se esparcía la funesta noticia, de que el joven y simpático, fino y amable, caballeroso y educado Sr. Obispo Fierro, se encontraba atacado por las intermitentes. Mientras el doctor del buque con sumo empeño, digno del mayor elogio, se las atacaba con las medicinas, nosotros á la

vez elevábamos nuestras tibias y pobres oraciones al Dios de bondad suplicándole con ardor le mandase cuanto antes la salud. Tal vez la pasión hable en esta vez; mas de tal manera se captaron nuestras simpatías, tanto velaron por nosotros los Ilustrísimos señores Obispos, que ni el más cariñoso padre así lo nubiera hecho, de suerte que por todos títulos nos afectaban de masiado las penas que Dios les enviaba. Reciban, pues, nuestro justo tributo de admiración y respeto, así como nuestra eterna gratitud.

Otro accidente tuvo lugar en este día y fué que el Ilmo. Sr. Amézquita extravió la piedra de su anillo pastoral.

Nuestro primer cuidado, el viernes 11, al abandonar los camarotes á las seis de la mañana, fué ir á dar los buenos días al ilustre enfermo, é indagar de su salud, y por la gracia de Dios estaba ya mejor, aunque no del todo restablecido. Comenzamos á tener consuelo con tan plausible noticia, y pedíamos su total alivio al Señor de la Majestad.

A las doce habíamos recorrido trescientas diez y seis millas, faltándonos ya tan

sólo mil noventa y cuatro para llegar á Cádiz pues teníamos andadas dos mil doscientas diez y ocho.

Tiempo es ya de dar á conocer, la lista completa de todos los peregrinos:

Ilmo Sr. D. Perfecto Amézquita, Obispo de Puebla.

Ilmo Sr. D. Filemón Fierro, Obispo de Tamaulipas.

Sr. Canónigo de Guadalajara, D. Pedro Romero.

Sr. Canónigo de Guadalajara, D. Antonio Gordillo.

Sr. Canónigo de Querétaro, D. Florencio Rosas.

Sr. Canónigo de Tulancingo, D. Fernando Torres.

Sr. Canónigo de Morelia, D. Francisco Nieto.

Sr. Cura de Mexititacán, Guadalajara, D. Manuel González.

Sr. Cura de Tepechitlán, Zacatecas, D. Jesús Delgado.

Sr. Cura de Metepec, Méjico, D. Modesto Basurto.

Sr. Pbro. Secretario de la Mitra de Morelia, D. José Luna Menocal.

Sr. Cura de Calimaya, Méjico, D. J. Trinidad Basurto.

Sr. Cura de Jalos, Guadalajara, D. Jesús Curiel.

Sr. Vicario fijo de Hércules, Querétaro, D. Tomás Maciel.

Sr. Cura D. Andres Cárdenas, Guadalajara.

Sr. Pbro. D. Jesús Hueso, ministro de Coeula, Guadalajara.

Sr. Cura propio de Santa Rita Tlahuapam D. Francisco López.

Sr. Br. D. Francisco Calderón, Capellán de la Iglesia de San Roque, Puebla.

Sr. Capellán del Coro de la Iglesia Catedral de Querétaro, Pbro. D. Pedro Vera.

Sr. Pbro. D. Alberto Luque, catedrático de primer año de latinidad en el Seminario de Querétaro.

Sr. Pbro. D. Rafael Vilchis y Vilchis de la Arquidiócesi de Méjico.

Sr. Pbro. D. Luis Romo, Mayordomo de Palacio Arzobispal de Guadalajara.

Sr. Lic. Francisco Hernández, Querétaro.

Sr. Rafael Luque, propietario ,,

Sr. Cenobio Romo, Matehuala, Comerciante.

Sr. Mariano Flores, comerciante, Guadalajara.

Sr. Rafael Mora, comerciante, Guadalajara.

Sr. José de la Luz Baez, Puebla, profesor de música.

Sr. Porfirio Escalante, doméstico del Ilustrísimo Señor Obispo de Puebla.

Srita. Natalia Grimaldo, Durango.

Srita. Mannela Basurto, Calimaya, Méjico.

Srita. Carmen Orendáin, Guadalajara.

„ Luisa „ „

„ Juana „ „

„ Cipriana „ „

„ Refugio Huerta „ „

„ Ana Curiel „ „

„ Carlota Gordillo „ „

Sra. Soledad de Baez Puebla.

Además, el Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Ibarra y González, Obispo de Chilapa, que para agenciar la audiencia con el Santo Padre había salido con dos meses de anticipación y en Roma nos esperaba, haciendo un total de cuarenta peregrinos.

En la tarde de este día divulgóse como por encanto la noticia de que había falle-

cido un soldado, y que en la misma noche se le daría sepultura en medio del inmenso mar. Debe advertirse, que cuando fallece alguno de los pasajeros en una navegación, se guarda el más profundo secreto, para evitar se afecten los demás que á bordo se encuentren, y ya muy avanzada la noche lo arrojan al mar, á fin de que nadie se aperceba de ello. Así, pues, aconteció esta vez. El caritativo padre capellán, se dirige á la hora señalada al lugar donde el cadáver se encuentra, y después de rezarle las oraciones que la Iglesia para tales casos prescribe, lo acompaña hasta el barandal que circunda al buque, y allí los marineros señalados lo sujetan con un cordel, habiendo antes forrado con un lienzo bien cosido el cadáver, así como colocado dos fierros: uno en los pies y el otro en la cintura, lo van descendiendo hasta que toca al agua, y entonces cortan el cordel desapareciendo para siempre en medio del mayor silencio y respeto de los acompañantes.

En la noche, después del Santísimo Rosario, que como siempre se rezaba en la capilla, el Ilmo, Sr. Amézquita, volvió á tomar la palabra, estando tan feliz como

siempre, haciéndonos graves y serias reflexiones sobre si al puerto de la Eterna Gloria llegaríamos con felicidad.

Durante el día el mar estuvo agitado; todos esperábamos con impaciencia el momento dichoso de llegar al puerto, pues nos aseguraban que el mareo solamente se quitaba con la sombra de un árbol, y por lo mismo más deseábamos encontrar el lugar donde se pudiera disfrutar de ella.

El sábado 12, amaneció muy tranquilo el mar, y nuestro ilustre enfermo pudo ya salir de su camarote, casi del todo restablecido. A las doce anunciaban que habíamos recorrido trescientas doce leguas, restándonos ya tan sólo setecientos ochenta y dos.

Ninguna cosa extraordinaria tuvo lugar durante el día. Todos muy entretenidos lo pasábamos, ya leyendo, ya platicando, ya tomando parte en las cátedras de italiano, ya jugando, ya presenciando y riéndonos con las suertes del Padre Lopitos. Así le llamábamos por cariño y con frecuencia lo buscábamos, para pasar ameno el rato, conociéndole todos por el *Padre de las suertes*. Si no que lo diga el Sr. Canónigo To-

rres, quien por un pasajero fué interrogado, deseando saber si era el *Padre de la suertei*. En fin, un pequeño pueblo es una embareación, una sola familia la compone y alegres y festivos pasan los días.

Amaneció el domingo 13 de Febrero y todos teníamos que cumplir con el precepto de la Santa Misa. Algunos oían la que los Señores Obispos celebraban temprano en la Capilla, mas la mayor parte asistíamos á la que sobre cubierta decía el padre capellán, que la religiosa empresa tiene siempre á bordo de sus vapores, advirtiendo que sólo los españoles se ecupan de una cosa tan interesente, como es la de que se trata.

Ya desde las siete se sacaba el altar portátil, y se disponía lo necesario para que tuviese lugar la Santa Misa. Muy limpia toda la tripulaci6n, y muy devotos todos los pasajeros nos presentábam0s al toque de campana, que á las ocho se escuchaba y y á todos nos llamaba para cumplir con tan santos deberes.

A las doce, llenos estábamos de regocijo, porque tan sólo cuatrocientas setenta y una millas nos faltaban, pues habíamos reco-

rrido en las últimas veinte y cuatro horas trescientas once, y teníamos un total de dos mil ochocientas cuarenta y una.

El mal tiempo no nos abandonaba, pues si es cierto que en pequeños intervalos desaparecía, sin embargo casi siempre teníamos que experimentar los terribles vaivenes, producidos por el movimiento.

Hoy pasó á mejor vida otro soldado, y se repitió la misma escena que el viernes once, pues á decir verdad, sólo el grande espíritu que tienen les da fuerza para poder llegar á su tierra, que es á donde se dirigen. Ni una gota de sangre por sus demacrados y macilentos semblantes se les veía surcar. ¡Hasta donde llega el heroísmo y el amor á la madre patria!

Una nueva teníamos los peregrinos y era que el Ilmo. Sr. Amézquita había providencialmente recobrado la rica piedra, que día antes desapareciera.

El lunes 14, apareció claro y sereno así como la mar, enteramente tranquila; y así pasó todo el día por la gracia de Dios, habiendo recorrido en las veinte y cuatro horas, trescientas ocho millas, tan sólo la

mitad para pisar la playa del hermoso y suspirado puerto de Cádiz.

Ni un momento nos separábamos ya de la proa, ya de la popa, ya de la cubierta buscando ansiosos la tierra, pues nos habían dicho, que hoy podría, aunque á muy larga distancia descubrirse, y por lo mismo nos disputábamos el gusto de ser los primeros en llevar á los demás compañeros tan plausible noticia.

Por fin, tan sólo la una de la tarde era, cuando una voz alegre dejó escucharse, que era nada menos la del Ilmo. Sr. Obispo Fierro que nos daba tal nueva. Tierra, tierra, tierra era la única palabra que se escuchaba.

Aunque nos faltaba andar toda la noche para llegar á pisar la deseada tierra, nos contentábamos como Moisés, con verla desde lejos. Era el cabo de S. Vicente el que teníamos á la vista, precursor del hermoso y terrible puerto de Cádiz. El mar estaba ya en perfecta calma, y todo nos brindaba gusto y contento.

En este puerto debían desembarcar todos los soldados para de allí dirigirse por ferrocarril á los distintos puntos de su origen y disfrutar de la licencia que ya indefinida ó

por cierto y limitado tiempo el gobierno les había concedido. Pues debe saberse que ya en este puerto, puede uno comunicarse por tierra con el resto de la católica España. Así es que los dos médicos se presentaron en este día, en el departamento de estos infelices, ordenando se fumigara toda su ropa á fin de que no pudieran infectarse, si alguna enfermedad contagiosa hubieren contraído. Así se verificó, como á las cuatro de la tarde, y cual si ya fuera hora de desembarcar, todos procuraban estar listos ó ponerse la ropa limpia uniformándose á la orden del Sr. Coronel; pero con un entusiasmo y alegría indescriptible.

Por un lado se veía en el mar un pantalón, por otro un sombrero, más allá una camisa, no lejos unos zapatos, *todo muy nuevo*, que los pobrecitos arrojaban como cosas inservibles y que les estorbaban. ¡Qué tapizado se encontraba en esos momentos! ¡Cuántos naufragos, por Dios, sin esperanza de salvación! Estaban tan inútiles que nadie fijaría en ellos su mirada. Así, pues, se llegó la noche y con impaciencia esperábamos el nuevo día, pues se nos había asegurado que á las primeras horas llegaríamos.

